

Anotaciones para una relectura del acuarelista Jesús Infante

Por Roberto Iglesias

En noviembre del año 1969, los periódicos de Pamplona destacaban la calidad de un pintor riojano que exponía una tanda de acuarelas en la Sala de la Caja de Ahorros Municipal. La edición navarra de *La Gaceta del Norte* hablaba del “gran acuarelista logroñés” y el *Diario de Navarra* titulaba que Jesús Infante era un “acuarelista por evasión” en una entrevista de María José Vidal, la cual escribía: **“Jesús Infante, en estos momentos, quizá sea el número uno de España.”** Parece lógico que, antes de afirmar tal puntuación dentro del acuarelismo español de aquella década, la periodista tuviera que informarse y leer las críticas que, como la de J. A. Larrambebere, captaron una transparencia inusual en la acuarela de Jesús Infante: no imitaba a nadie, y aquellos paisajes tenían ya el sello infantiano

Infante pertenecía a la Agrupación de Acuarelistas Vascos y había expuesto sus obras en las colectivas de la Agrupación celebradas en 1963 y en 1969 en Logroño. Fue miembro fundador del Grupo Revellín en 1957 y del Grupo 8 en 1968. Eran aquellos unos tiempos de preponderancia de la pintura al óleo, porque la acuarela era el subgénero, el pariente pobre, la técnica de la pintura reservada a señoritas de colegio de pago y, además, con problemas sobre su conservación y perdurabilidad. Los pintores del siglo XVIII empleaban los colores diluidos en agua para reforzar sombras o para reforzar tonos anteriores, usaban la aguada con color y poca agua para reforzar los tonos oscuros y, con blanco, los tonos claros. Las miniaturas de los manuscritos medievales no son otra cosa que aguadas sobre pergamino realzadas con oro. Desde los años 60, Jesús Infante tuvo claro que sus acuarelas estaban renovando el género y, con fe y valentía, se lanzó a la aventura de ser un artista que vive (esposa e hijos incluidos) de la pintura a la aguada. Dejó todo lo demás y su puesto de trabajo y años más tarde, en su época azul de los años 70, la acuarela infantiana triunfa en Madrid. El acuarelista riojano había revolucionado el mundo del Arte con su exposición en la Galería Quixote. Infante era la transparencia. Su periplo expositivo pasa por las capitales del Norte y de Castilla, por Aragón, por Andalucía, por Galicia, pero hay tres ciudades que Infante lleva en el corazón; Logroño, Pamplona y San Sebastián. Era exponer y quedarse sin cuadros. Y después de las medallas y primeros premios nacionales, lleva sus acuarelas riojanas a Alemania, a Noruega y a Suiza. Era un triunfador antes de cumplir los 60 años con obra en museos y colecciones particulares. Y el éxito se lo ha ganado él solo con su tesón. Por fin La Rioja, le reconoce sus méritos premiando su obra con el Galardón a las Bellas Artes. Hay dos grandes acuarelistas a quienes nadie que sepa un poco de estas cosas niega su espectacular dominio de la acuarela.

Fortuny y Olivé pintaron acuarelas bellísimas, de una calidad sublime, pero empleaban el color blanco para realzar los tonos claros.

Turner, considerado un genio de la acuarela -y es verdad porque los ingleses carecían de tradición pictórica al óleo y tenía que salir algo distinto- también usaba el color blanco.

Siempre, hasta hace poco, ha estado ligada la acuarela al boce-tismo, a la rapidez capaz de plasmar un instante de la vida, pero en su obra el artista no puede pulir, son pinceladas solamente capaces de eternizar esos aspectos fugitivos de la vida burguesa salida de la primera revolución industrial, el concepto individualista de la realidad, el subjetivismo o la dimensión psicológica de la pincelada. Bien es cierto que eso no hubiera sido posible sin la renovación de la mentalidad del Arte, que estaba concebido y aceptado hasta el siglo XIX como dimensión estática, que surgió después de la Revolución Francesa. Tenía que nacer en Inglaterra debido a que la expansión colonial de la Commonwealth puso en contacto a los artistas británicos con el arte del Lejano Oriente, con las técnicas chinas, y se dieron cuenta de que se lograba mejores efectos de luz con la acuarela que con el óleo. Fueron las acuarelistas las que intentaron poner los sueños del romanticismo en las paredes de las casas, porque ya habían conseguido la movilidad del caballete y los cuadros de formato pequeño y mediano para expresar su capacidad artística.

Pero se acabaron los sueños del Romanticismo y llegó el Realismo, período en el que la acuarela ya no representaba evasiones sino testimonios de la vida popular, de las masas humanas de las ciudades. Sin embargo, la acuarela entra en crisis después de la época del capitalismo de lucha de la primera mitad del siglo XX, porque el Arte, en general, ya no era conceptualmente la expresión representativa de la realidad sino la expresión constructiva de la realidad. La acuarela quedó como algo para la nostalgia del pasado.

Ha sido Dufy el que intentó con éxito dar continuidad a la acuarela como una especie de sistema de escritura. No es éste el momento para exponer una teoría de la acuarela que sería un apéndice más de esta técnica escrita por expertos, pero digamos que el caligráfico Apollinaire poetiza sobre la acuarela, en tanto que estética y pudo servir a Dufy o al revés, no se sabe. Estas cosas las sabía o las intuía el logroñés Jesús Infante, todo ojos para ver y asimilar la práctica, en sus viajes de estudio.



Inauguración de las salas de exposiciones temporales del Museo de La Rioja. García Morena e Infante con el director de Bellas Artes Sánchez Robles

La acuarela resurge con Kandinsky en toda su posibilidad plástica, pero es en los años 60 del siglo XX cuando empieza a ser en España la niña bonita de la pintura.

Es sabido, porque está investigado y escrito, que hacia el 200 a.C. un tal Meng Thien ya usaba como pincel suave pelos de camello o de liebre para ilustrar papiros. Los que hayan visitado el British Museum londinense habrán podido contemplar una pre-acuarela realizada por primera vez con pincel hacia el 300 d. C. por un tal Ku Kaiche, un paisaje con cazador, que es el primer antecedente de la futura acuarela europea.

Hasta el artista topógrafo John White en 1585 no existe la acuarela como esbozo de técnica independiente, porque los famosos pájaros de Pisanello del XV, dibujos coloreados al agua, son manifestaciones que pertenecen científicamente a la Historia Natural. Del siglo XVI al XVIII la acuarela pasa de los monocromos o croquis de tinta reforzados a la aguada, como el estudio de Taddeo Gaddi para un fresco de la Presentación de la Virgen en el Templo conservado en el Louvre, a la belleza de los dibujos coloreados de Rubens y de Rembrandt, al olvido de la componente china de la caligrafía, para ser un arte cultivado plenamente por el alemán Durero, con la idea clara, que ya estaba en Confucio, de que el color se aplica después del trazado. Ahí está la prehistoria de la acuarela europea, porque el Renacimiento y el Barroco de la acuarela europea entronca con el XVIII hasta la modernidad de Turner. La acuarela está en Cézanne, Gauguin, Klee, Kandinsky, Picasso, Miró, en simbolistas, expresionistas, impresionistas, pero nunca por encima de sus obras al óleo. Sí que existe en Francia y en Italia, sobre todo, además de en Inglaterra, una tradición acuarelistica desde fines del XIX pero en España comienza esa tradición después de la I Guerra Mundial. Con Turner podíamos citar a otros memorables del género como Constable, Cozens, Cotman y demás componentes de la escuela inglesa de paisajistas, pero Turner, con sus acuarelas transparentes y emotivas, fue idolatrado en España y su figura basta para entrar en materia de la historia española de la acuarela.

Al catalán Luis Faret se le debe la introducción en el siglo XIX de la técnica moderna de la acuarela en España, pero la calidad de nuevo género pictórico para pasar a la historia la puso Fortuny, sin olvidar a Tapió, Pradilla etc, maestros del XIX. Y sería laborioso en exceso abocetar ahora nombres y obras de lo que va de Fortuny hasta hoy. Sin embargo, en La Rioja es fácil, pues la acuarela en La Rioja comienza con Jesús Infante en los años 60 del siglo XX.

Desde aquel remoto noviembre de 1969, con su primera exposición individual en Pamplona, alrededor de 3.000 cuadros avalan su historial de premios y de crítica. Infante ha paseado a La Rioja por toda España e islas adyacentes y por media Europa. Es el único pintor riojano que ha expuesto en San Francisco y en Miami (USA)

Sin agua, papel y colores no hay acuarela. Estos tres elementos los usa Infante con dominio y soltura. Sabe que el agua sólo depende de él en el trance maravilloso de empezar la acuarela, pues puede escoger hasta el agua embotellada del supermercado, la de lluvia o la de grifo, según quiera vérselas con la cantidad de cloro para evitar la decoloración de los pigmentos.

El papel de sus acuarelas es marca Whatman, y a veces ha tenido que pedirlo a Londres porque no quedaba en el mercado. El papel es el soporte y en él se va depositando monomolecularmente las capas de color. Los acuarelistas saben la importancia de este soporte y lo primero que se preguntan entre ellos es por el tipo de papel que usan. A Infante le ha ido bien con esta marca de papel, que parece adaptarse al tiempo de la elaboración de la acuarela, la humedad y otros factores. Los resultados han sido obvios, después de cuarenta años de acuarelista. La fabricación era artesanal a base de hilos de lino y algodón hasta mediados del siglo XIX en que la producción en serie se ha impuesto empleando la fibra de algodón entera encolada o con mezcla de madera de árboles caducifolios. Este tipo de papel lleva una cantidad mínima de blanco óptico y no influye en los blancos de reserva y, además, endurece los contrastes. Por eso las acuarelas de Infante son una garantía, pues el artista ha cuidado mucho, incluso la no aparición de las manchas aparentes de óxido de hierro, que son consecuencia de los microorganismos esporados en el papel.

Tanta es la importancia del papel, que cuanto más se insiste al pintar sobre la primera capa produce una cierta opacidad considerada heterodoxa, y por eso Jesús Infante utiliza habitualmente un papel secante, que no necesite una capa de cola aplicada sobre la superficie que acabará siendo arrastrada por el pincel, porque el maestro prefiere la mejor calidad de fibra para que absorba más color y agua.

Con respecto a los colores, a Infante le importan más los pigmentos base que constituyen el cuerpo del color. La acuarela, si es algo, es la incorporeidad de la capa de color, la transparencia. La esencia de la acuarela no tiene nada que ver con la calidad del aceite secante del óleo ni con la estabi-

lidad química del acrílico.



En un rincón de su estudio.

La paleta de Infante está compuesta de los colores siguientes: amarillo cadmio (claro y oscuro), ocre oro, pardo Van Dyk, siena tostada, bermellón, carmín oscuro, verde permanente claro y oscuro, y azules (Prusia, cobalto, ultramar, gris de Payne). Con esa base ha pintado temas grises de invierno y temas a todo color de verano. Sin embargo, como todo maestro de la acuarela tiene en cuenta siempre los pigmentos colorantes artísticos, imprescindibles para los cambios de tono y así usa los que resisten a los agentes externos dañinos: los óxido de hierro, sulfuros de mercurio, de cadmio, lacas y pigmentos naturales para los rojos y carmines; cromatos de plomo, sales de cobalto y sulfuros de cadmio para los amarillos y anaranjados; óxidos de cromo y sales de cobre para los verdes; sales de manganeso para los violetas y pardos; y sales de cobalto, estaño y aluminio para los azules.

Desde la primera exposición fuera de Logroño, a Jesús Infante le señaló la crítica como pintor de paisajes abiertos y uno de los mejores en aquella década del 60 del siglo XX. Entonces, la mejor acuarela en España se hacía en Cataluña y en el País Vasco; Cataluña porque había sabido mantener la tradición, partiendo de Fortuny, en la casi centenaria Agrupación de Acuarelistas de Cataluña (inicialmente fue de Barcelona) y teniendo un mito como Ceferino Olivé en Madrid; y en el País Vasco, exactamente igual con su Agrupación de Acuarelistas Vascos de 1943, pero partiendo del pintor Pancho Bringas. En La Rioja no existía tradición acuarelística, sólo estaba entonces Jesús Infante y en el País Vasco eran legión.

También había una Agrupación de Acuarelistas de Madrid, pero tanto catalanes, como vascos y madrileños, sin olvidar a los canarios, hasta mediados los años 80 eran epígonos de Olivé, sus acuarelas de impecable ejecución eran por lo general decorativas. Faltaba el punto de emoción estética que Jesús Infante llevaba en su tanda de acuarelas expuesta en Pamplona. Había comenzado la renovación, la otra vía, para dar a la acuarela una dimensión lírica que no tenía nada que ver con las acuarelas ensoñadoras del romanticismo.

Si para aquellos años la acuarela ya tenía voz propia en el panorama pictórico español, Jesús Infante consigue despojarla de prejuicios formalistas y entra en su médula con voz propia elaborando una síntesis progresiva del paisaje, con libertad creacional, movido por el sentimiento del artista que goza de la inspiración de lo inmóvil coloreado. El artista riojano había hecho la ruptura y la renovación. Las acuarelas infantianas demostraban que la aguada no necesita del claroscuro ni del color blanco.

Lo que Infante les lleva de ventaja a los acuarelistas de su generación, artistas como Rafael Sempere, Sabanés, Iznaola, Martínez Lozano, Gómez Vinardell, Acosta Lorenzo, Ayneto, Baijet Achón, Benito Buisán, Bordallo, Brioso, Gaspar Romero, Estellés, Lucio Sobrino, etc y a todos los de la escuela vasca es algo, que no tiene nada que ver con la técnica sino con el tiempo del alma, eso que no figura en los ensayos ni en los libros de Bellas Artes y que se encuentra en las emociones sensitivas. Jesús Infante no es como el pianista malabar que no desafina y ejecuta perfectamente la pieza musical pero deja fríos y aburridos a los espectadores. Infante nunca deja fríos ni aburridos a los espectadores, porque como el buen pianista que transmite la esencia de la música, él transmite la esencia del instante pictórico como una armonía de colores desde la figuración informalista, donde se huele el aire y el monte dentro del marco y donde el marco no hace de muro de muralla sino de puerta abierta.

El sello personal infantiano es una acuarela nítida, limpiamente sugeridora, inmersa en contrapuntos de luz y nexos profundos entre dibujo y cromatismo, con una dicción que surge de un logro visual producido de lo mejor del realismo y la abstracción impresionista o expresionista, porque hay una mancha impresionista que roza levemente lo abstracto o un halo expresionista que sugiere la abstracción. Todo ello exquisitamente pulido, desdibujado, de instantánea pureza.

Es una lección artística de aguada este signo testimonial que representa a toda La Rioja, porque Infante ha pintado montes, campos, barbechos, calveros, robledales, sierras, viñas, riberas, ríos riojanos dándoles la luminosidad que destellan, así como, las distintas tierras de España desde los páramos castellanos y

barbechos andaluces hasta la cornisa norteña del Cantábrico, desde los pazos gallegos hasta los pueblos de Aragón, todos han pasado por su retina escrutadora.

A la plenitud del oficio responde con una delicada expresión de su sensibilidad. Jesús Infante, como los grandes artistas, es un tímido que sólo se manifiesta en ser humano especial con la sencilla exquisitez de sus acuarelas. Es como un contemplativo de la Naturaleza, que capta su respiración poética, ese latido hondo y silencioso de la tierra y el mar.



Exposición en Bonn. Con un comisario de Artes en Alemania